

Arrate: entre lo peninsular y lo criollo

Por GERARDO MARTÍ

Desde fines del XVII la ciudad de La Habana se encaminó hacia una economía caracterizada por los servicios marítimos y constructivos en la cual emergió el pensamiento de José Martín Félix de Arrate y Acosta (1701-1764), primer ideólogo de la oligarquía habanera del siglo XVIII.

Esa oligarquía, con orígenes e intereses comunes, conformó un sentido de identidad que se reflejaba hasta en sus edificaciones. Un ejemplo de ello son los edificios ubicados alrededor de la Plaza Vieja, en los que habitaban, además de Arrate, figuras como el Conde de Casa Montalvo, el Marqués de Casa-Torres y el Conde de Jaruco, en cuya casa nació su nieta: la Condesa de Merlín. Alcanzado el punto de identidad y destino esa oligarquía, al decir de Moreno Friginals, requería de una voz a través de la cual expresarse. Esa fue la función que asumió Félix de Arrate con su obra *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*, donde narra una historia para justificar que el hecho de ser ciudadano le otorga igualdad para la participación política.

Una historia con esas intenciones tenía que destacar las virtudes de los españoles criollos respecto a los españoles peninsulares. Con la palabra *Patria* Arrate evoca el amor a la ciudad, al trozo de tierra en que se nace, resalta las características del clima, de la geografía y del entorno vegetal, a la vez que se ve obligado a exaltar a todos los naturales de la tierra, incluidos a los indios y a los negros. Un discurso que, enunciado desde la colonia, aunque no impugnara el orden político-social establecido ni la escala de valores que lo regía, al cuestionarse el lugar que la oligarquía

habanera ocupaba dentro de la escala jerárquica, tenía que tener un carácter subversivo.

Su gran contradicción consistía en que se proclamaban iguales a los españoles peninsulares y por ello se consideraban con derecho a ocupar los más altos cargos oficiales, a la vez que, por ser hombres de sangre limpia, se sentían con derecho a someter a indios y negros. Una contradicción que se fue agudizando hasta expresarse en los reclamos fundamentales de la Guerra de los Diez años: independencia para la patria y libertad para los esclavos. Constituye pues, la obra de Martín Félix de Arrate y Acosta, el primer gran alegato político del criollismo habanero, el primer eslabón de una historia que encierra muchas claves para la interpretación del presente.

Los valores de la obra de Arrate se manifiestan, de un lado en que las virtudes de la tierra que elogia sientan las bases para la cubanía que aparece posteriormente en la poesía criolla: en la *Oda a la Piña*, de Manuel de Zequeiera y Arango (1764-1846); en la *Silva Cubana*, de Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805); en *La Flor de la Caña* y *la Flor del Café*, de Plácido (1808-1844); y en *Rufina. Invitación Segunda*, del Cucalambé (1829-1862); de otro lado, en la historia política posterior, pues la Sociedad Económica Amigos del País, dominada por la intelectualidad criolla, fundó una comisión de historia que editó la *Llave del Nuevo Mundo* y todo lo útil, en el aspecto político, fue retomado por los ideólogos continuadores, como se aprecia en Francisco de Arango y Parreño.